Megan Maxwell

Tampoco pido tanto



NO APTO PARA MENORES DE 18 AÑOS

booket

Megan Maxwell

Tampoco pido tanto

booket

Capítulo 1

Noche en Budapest.

Noche caliente y divertida.

Noche de sexo.

Con una copa de cristal de Bohemia llena de un excelente vino en la mano, el comandante Daryl Michael Simmons esperaba disfrutar del espectáculo caliente y morboso que dos hombres y una mujer iban a ofrecer en el reservado de un lujoso local de intercambio de parejas de la ciudad.

Por su trabajo como piloto en una compañía aérea, viajaba por todo el mundo, no sólo conociendo distintos países y mujeres, sino también distintas maneras de gozar del sexo.

Con cara de deseo, la mujer llamada Irina pensaba disfrutar del juego que ella misma había planeado junto a su marido, Peter, e, iniciándolo, besó a Laszlo en la boca, introduciéndole la lengua con lascivia; él se estremeció.

La puerta del reservado se abrió entonces y entró Can Drogo, amigo de Daryl e hijo del dueño de la compañía para la que ambos trabajaban. Can era comandante como él.

Can y Daryl formaban un dúo muy bien avenido que llamaba la atención. Solteros, atractivos, altos, elegantes, caballerosos y encantadores. Irresistibles para las mujeres, sobre todo cuando vestían sus uniformes de comandantes.

Se conocían desde que ambos coincidieron en el Saint Thomas, un colegio propiedad de la familia de Daryl, cuando los padres de Can, él turco y ella suiza, se trasladaron a vivir a Londres.

Con paso seguro y vestido de manera informal, mientras se retiraba el largo y frondoso pelo castaño del rostro, Can se acercó hasta su amigo, se sentó a su lado y observó el juego de los que estaban tendidos sobre la cama.

—La noche se presenta caliente —dijo Can.

Daryl sonrió. Can y él se entendían a la perfección.

—Eso parece —afirmó.

Can asintió divertido. Aquellos juegos calientes y provocadores eran interesantes.

—Te lo dije: que este sitio te iba a gustar —comentó.

De nuevo, ambos sonrieron.

—He quedado con una amiga en el hotel —susurró Can.

—¿Por qué?

Mientras observaba con detenimiento a Irina y a aquellos hombres, Can musitó:

—Se acaba de divorciar y prefiere tener intimidad.

Su amigo asintió.

—¿A qué hora quedamos mañana en recepción para ir al aeropuerto? —preguntó Can.

A Daryl le gustaba el orden, la sensatez y la puntualidad.

—A las cuatro de la tarde —repuso.

El otro afirmó con la cabeza y, levantándose, se retiró de nuevo la melena salvaje de su rostro y se despidió.

—Allí nos vemos. Pásalo bien.

Ambos chocaron las manos y Can salió sonriendo por la puerta, que luego cerró.

Daryl dio un nuevo trago a su copa mientras la escena que se desarrollaba frente a él se calentaba por segundos.

Irina, aún vestida, les comía la boca alternativamente a los dos hombres sobre la cama, mientras ellos, uno a cada lado, la toqueteaban y ella susurraba pletórica:

—Mmm, síííí, síííí, juguemos...

Segundos después, su liviano vestido voló por los aires, quedando sólo con un inquietante sujetador, un tanga de cuero negro y unas impresionantes botas altas de tacón.

Irina sonrió. Se había esmerado en la elección de su vestuario.

Esa noche quería estar sexy, sugestiva, fascinante, y sin duda, al ver cómo la miraban los tres hombres, supo que lo había conseguido.

Complacidos, Peter y Laszlo continuaron comiendo a turnos aquella apetitosa boca, mientras las manos de ella se paseaban por encima de sus pantalones con descaro. Ambos estaban tal y como Irina los deseaba. Duros. Hambrientos de sexo. Irina soltó un gritito de satisfacción al sentir que una mano pasaba por encima de su tanga.

—Ordénaselo —le exigió a su marido.

Peter, que conocía muy bien las preferencias de su mujer, asintió y, tras besar aquellos labios que tanto le gustaban, musitó:

—Laszlo, mastúrbala.

El aludido sonrió.

No era la primera vez que el trío jugaba a aquel caliente juego, y, tras quitarle con brusquedad el tanga de cuero a Irina, le abrió las piernas e introdujo uno de sus dedos de golpe, volviéndola loca.

Peter jadeó y, sacándole el sujetador, le mordisqueó los pechos con ansiedad.

—¡Ahhhhhh! —gritó ella complacida.

Excitado por lo que veía, Daryl no quitaba ojo. Le gustaba el sexo caliente, el sexo consentido por ambas partes. Y, mientras Irina le comía la boca a Laszlo y él la masturbaba con el dedo y las respiraciones de todos se aceleraban Daryl se abrió la cremallera del pantalón sin levantarse de su asiento y, tras agarrar su ya duro miembro, lo apretó con la mano y comenzó a moverla lentamente.

Placer...

Eso le ocasionaba mucho placer.

Las ropas de Peter y de Laszlo volaron como minutos antes había volado la de Irina, y, una vez desnudos, el segundo, arrodillándose en el suelo, sonrió y ella gustosa lo invitó a continuar, separando de nuevo las piernas para él.

El olor dulzón a sexo inundó la habitación, y más cuando Laszlo, una vez que hubo tomado lo que aquélla le ofrecía con deseo, la subió al séptimo cielo con la lengua, al tiempo que su marido la besaba.

Enloquecida por lo que Laszlo hacía, Irina disfrutó del momento mientras le apretaba la cabeza con las manos para que no se

apartara. Quería permanecer con la boca de aquél entre los muslos el resto de su vida. El placer que le proporcionaba era extremo.

Daryl dio un nuevo trago a su copa. Ver aquel espectáculo a escasos dos metros y sentir el olor a sexo le resultaba morboso y muy excitante. Entonces Peter indicó mirándolo:

—Estás invitado.

Daryl asintió. Lo sabía.

Todavía no había habido nadie que no hubiera querido que él participara en sus juegos, ni mujer que se le hubiera resistido. Por ello, se levantó, se desnudó con tranquilidad, dejando su ropa perfectamente colocada sobre una silla, y se acercó a Irina.

—No veía el momento de que te unieras —murmuró ella entre jadeos.

Daryl sonrió. Sabía el magnetismo y la inquietud que despertaba en las féminas.

Irina demostraba ser una mujer morbosa, caliente y apetitosa, y, excitado, se subió a la cama mientras Laszlo continuaba con la cabeza entre las piernas de ella y Peter le colocaba unas pinzas en los pezones.

Irina y Daryl se miraron y éste paseó con morbo y lentitud su pene por el rostro de la mujer. Le gustaba dirigir el momento. Eso satisfizo a Irina, hasta que él, al ver que ella abría la boca demandando más, preguntó con una sonrisa:

—¿Es esto lo que quieres?

La mujer asintió mirando su duro miembro. Lo deseaba. Aquel tipo de mirada penetrante la excitaba. Sentirse poseída era una de las cosas que más le gustaban en el mundo, y cuando el pene de Daryl se introdujo en su boca, encantada y ardiendo, lo disfrutó.

Daryl cerró los ojos con placer.

¡Qué cálida era la boca de aquella mujer!

¡Qué maravilla disfrutar del caliente sexo!

Los movimientos de Daryl ante el placer que ella le ocasionaba se acrecentaron, se volvieron secos y certeros, e Irina, con la mirada nublada por el deseo, le pedía que continuara, que no parara.

Ver aquella mirada suplicante aceleró a Daryl. Si estaba allí esa noche era para hacer lo que estaba haciendo. Para jugar, para dis-

frutar, para follar. Porque, como él siempre decía, follaba, no hacía el amor.

Había dejado de hacer el amor muchos años atrás, cuando Elena, la chica a la que amaba, se enamoró de otro y lo abandonó. A partir de ese instante decidió olvidarse de los sentimientos y disfrutar del sexo, aunque en los últimos tiempos algo en él estaba cambiando. Lo sabía. Lo notaba. Cada vez era más consciente de que necesitaba algo más con una mujer, el problema era que no lo encontraba.

Un buen rato después, y gracias a la pericia de la boca de Irina, el comandante sintió que el clímax se acercaba. Por ello, y por respeto, iba a retirarse, pero ella lo detuvo sujetándolo con fuerza por el trasero; liberando su boca, musitó:

—Me gustaría que acabaras.

A Daryl se le erizó el vello de todo el cuerpo. Lo que aquélla le pedía le gustaba, le gustaba mucho, y sin dudarlo volvió a introducir su duro pene en la boca de Irina y retomó sus movimientos.

Placer...

El placer era inmenso.

El placer era devastador, hasta que todo su cuerpo se tensó y, quedando clavado en la boca de aquélla con los ojos cerrados, el comandante Simmons abrió los ojos, levantó la vista al techo y finalmente, tras un bronco gemido, se corrió.

¡Qué maravilla!

Instantes después, cuando recuperó el resuello e Irina dejó de chupar su miembro como si fuera una piruleta del más maravilloso chocolate, Daryl se retiró y cogió una jarra de agua tibia para lavarse. La limpieza y la seguridad eran primordiales para él, sobre todo cuando se divertía en aquel tipo de locales. Una vez que hubo acabado, y tras secarse con un paño limpio, se colocó una toalla alrededor de la cintura. Luego sacó la carísima botella de champán de la cubeta con hielo, se sirvió una copa y se sentó donde antes había estado.

Irina era ardiente y, mientras la observaba jugar con su marido y el otro hombre, no pudo evitar pensar en cómo se sentiría él si fuera el marido.

¿Sería capaz de disfrutar de aquella manera si ella fuera su mujer?

¿Le gustaría compartir a su mujer con otro?

Eso lo hizo sonreír.

Seguía sonriendo cuando la puerta del reservado se abrió y apareció una mujer rubia de generosos pechos que iba completamente desnuda. Peter le hizo una seña con el dedo y ella, sin dudarlo, se le aproximó para besarlo.

Cuando el ardiente beso de aquella desconocida terminó, Peter miró a Daryl y dijo:

—Se llama Katalin y es la novia de Laszlo.

Daryl asintió con una sonrisa, y la mujer, al ver lo bien que lo pasaba su novio, ordenó sin apartarse de Peter:

—Ponte un preservativo y túmbate sobre la cama.

Sin dudarlo, Peter obedeció y, en cuanto estuvo como ella le pedía, la mujer se subió sobre él e, introduciéndose su duro pene en la vagina, murmuró entre jadeos:

—Mmm..., cómo me gusta.

Peter sonrió. Le encantaban las mujeres como la suya o Katalin, y, agarrándola de las caderas, tiró de ella hacia abajo y, con un golpe seco que lo clavó del todo en su interior, preguntó:

—¿Así?

Katalin se arqueó y, jadeando con la cabeza hacia atrás, exigió:

—Otra vez.

De nuevo, Peter lo hizo. Volvió a clavarse en ella y entonces notó que aquélla describía movimientos circulares sobre él. Mientras le daba unos azotitos en el trasero, con un lenguaje permitido en ese instante musitó:

—Eso es, fóllate tú solita. Eso es..., eso es...

Jadeos y ronroneos placenteros resonaban en la habitación, y Daryl entretanto observaba a aquellas dos parejas que sobre la cama hacían lo que más les gustaba. Sexo.

La puerta volvió a abrirse y se asomó a la habitación una nueva mujer a la que no conocía.

Durante unos instantes ella permaneció observando lo que allí ocurría, hasta que oyó:

—¿Te quedas o te vas?

El que había hablado era Daryl, aquel comandante de pelo claro que las volvía locas a todas.

La mujer lo miró. El tipo era más que agradable de ver y, sin dudarlo, entró y cerró la puerta. Con gesto mecánico, él cogió un preservativo y lo abrió. Sin hablar, se miraron, y cuando él terminó de colocárselo pidió:

—Ven aquí.

La mujer se le acercó encantada y Daryl se la sentó encima. Él mandaba.

Una vez que ella estuvo a horcajadas sobre él, Daryl introdujo en su interior su duro miembro viril al tiempo que ella, aceptándolo, indicaba en un hilo de voz:

—Soy Agnes.

El comandante asintió y, agarrando las caderas de la mujer para hundirse en ella, repuso:

—Daryl.

El cuerpo de Agnes tembló mientras, agitada, clavaba las uñas en los hombros de él. Daryl sonrió al verlo y, moviendo las caderas, preguntó:

—¿Esto te gusta?

Agnes asintió y, cuando Daryl se la clavó aún más, ella resopló.

—Ahhhh... Sí..., sí..., sí...

Sí... Al comandante le encantaba oír aquella mágica palabra.

¡Sí!

En temas de sexo y de mujeres, era un especialista, y deseoso de que aquélla disfrutara y enloqueciera sobre él, la miró a los ojos.

—Te voy a romper... —susurró.

—Sí...

—Y te va a gustar mucho...

—Sí... —jadeó Agnes, sintiendo cómo sus propios fluidos resbalaban por sus muslos.

—¿Quieres más?

—Sí..., sí..., sí...

Uno..., dos..., siete...

Totalmente entregada a aquel hombre, Agnes se dejó manejar,

se dejó romper, se dejó manipular, disfrutando como una loca de aquella total posesión que ella le permitía, mientras sus gestos, sus jadeos, sus chillidos de placer o sus movimientos hablaban por ella.

El placer era extremo. Aquel hombre sabía muy bien lo que hacía, y mientras tanto boqueaba en busca no sólo de aire.

—Más, dame más —suplicó.

Daryl sonrió.

Aquella entrega era lo único que necesitaba para endurecer su juego; se levantó con la mujer clavada totalmente en él, la tumbó sobre la cama, donde las otras dos parejas habían acabado su particular juego para observarlos y, con toda su fuerza y su ímpetu, hizo lo que aquélla le pedía: le dio más.

Enloquecida, Agnes gritó, jadeó, se abrió para él, sintiéndose llena por completo y plena de lujuria, hasta que sus cuerpos no pudieron más y un maravilloso clímax los inundó.

Agotado por el esfuerzo, Daryl quedó sobre ella en la cama.

Joder, cómo le gustaba el sexo. Cuando iba a levantarse, ella lo sujetó, lo miró a los ojos y se sintió deseosa de repetir.

—Cuando quieras, como quieras y donde quieras —murmuró.

Daryl sonrió. Nunca fallaba.

Capítulo 2

El concierto en el Coca-Cola Roxy Theatre de Atlanta había acabado.

Tras dos horas y media de maravilloso espectáculo, los integrantes del cuerpo de baile de la cantante Pink se encaminaban sonrientes hacia el camerino. Fred miró a su amiga y compañera Carolina.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —preguntó.

—A las cinco de la madrugada —afirmó ella encantada.

—¿Adónde ibas?

Carol se tocó el tatuaje de una flor que llevaba en el hombro derecho.

—A Montreal. Y de allí a Londres —respondió.

—Chocolatito, no sé cómo lo haces. Si yo fuera tú, estaría extenuado.

—¿Y cómo te crees que estoy yo? —suspiró ella.

Carol era auxiliar de vuelo y bailarina, dos profesiones que no eran fáciles de combinar, pero de momento ella conseguía hacerlo por el amor que sentía por sus dos oficios. Por suerte, el coreógrafo del espectáculo para el que trabajaba ahora la conocía bien. Sabía lo buena que era y, aunque en ocasiones llegaba tarde a los ensayos por su trabajo como TCP, tripulante de cabina de pasajeros, para una compañía aérea, se lo consentía. Carol y su arte merecían la pena.

Sonriendo por lo que habían disfrutado trabajando, se dirigían hacia el camerino. De repente Carol se paró y, dando media vuelta, exclamó con cara de circunstancias:

—¡Mierda!

Fred, que conocía muy bien a su amiga, preguntó:

—A ver, Chocolatito Blanco, ¿qué ocurre?

Con disimulo, Carol volvió a mirar al frente. Y, viendo al fondo a Bill, el hombre con el que había pasado la noche dos días antes, cuchicheó:

—Moreno. Camisa verde. Flores en la mano y pantalón azul.

Fred miró y, al ver al tipo al que ella se refería, canturreó:

—Qué monadaaaaaaaaaa...

Carol sonrió, pero entonces echó un vistazo al técnico de luces e indicó.

—Sí, pero me gusta más ése.

Fred siguió la dirección de su mirada.

—Chocolatito..., de mayor quiero ser como tú —susurró.

Ambos reían por aquello cuando ella, mirando al hombre que llevaba las flores, preguntó:

—¿Qué hago? ¿Cómo me lo quito de encima?

Fred suspiró al oírla.

—Déjame que lo piense, ¿vale?

—A ver, no tenemos tiempo. ¿Ese «vale» significa «estoy pensando a mil por hora», o es un «vale» de «no tengo ni idea», o es...?

—Es un «vale» de «estoy pensando».

—Ah..., entonces ¡vale! —Carol sonrió.

A continuación, se quedaron en silencio y Fred, señalando al de las flores, preguntó:

—¿Mucho para arriba... o mucho para abajo?

Ella respondió divertida:

—Mucho para abajo.

—Oh, qué triste...

Carol asintió y lo miró.

—Vale —añadió—. El que Bill traiga flores es un bonito detalle, pero es aburrido. Mucho... mucho... muchoooooooooo.

—¿Tres... muchoooooo?

—Incluso yo lo subiría a cuatro.

—Nena..., no lo dudes y vuelve a darte un homenaje con el técnico de luces.

Ambos miraron a Charlie de nuevo, el técnico, y Fred cuchicheó:

—Cómo me pone ese hetero.

Carol sonrió. Charlie era sexy, muy sexy. No era la primera vez que estaba con él y, consciente de su potencial, afirmó:

—Pues ni te cuento cómo me pone a mí.

—¡Zorrón!

Ambos reían por aquello cuando Fred preguntó:

—¿Boxeador?

—¡Sí! —afirmó ella divertida.

—¡Pobre!

Los dos soltaron una carcajada y luego ella matizó:

—Vale. El plan es el siguiente. Iré hacia Bill, lo saludaré y tal, y tú no tardes en aparecer, ¿de acuerdo?

—A sus órdenes.

Carol iba a añadir algo más cuando Fred dijo:

—Traer flores es romántico, y el tal Bill físicamente no está mal. En cambio, Charlie, el técnico de luces, que yo sepa nunca te ha regalado flores, y si mal no recuerdo, te gustan los tipos detallistas y románticos... ¿Qué tiene o qué le sobra al de las flores para que prefieras a Charlie?

Carol asintió. Su amigo tenía razón.

—Para lo que yo quiero a Charlie, me vale. Y en cuanto a Bill, es aburrido. Y, no..., no es la clase de hombre que me atrae, por muy romántico que sea. Y ahora..., ya sabes: voy, vienes ¡y luego nos marchamos!

Dicho esto, echó a andar hacia Bill. Por suerte, Fred, su amiga Muskeva y ella se ayudaban en los complicados momentos de quitarse a los moscones de encima, y cuando aquél la vio, ella sonrió con su pelo rosa y blanco.

—Hola, Bill. ¿Qué haces aquí? —lo saludó.

El aludido sonrió encantado al verla y le tendió el ramo de flores que llevaba en la mano.

—Sé que dijiste sólo una noche, pero ¿qué te parece si cenamos otra vez? —propuso él.

Carol cogió el bonito ramo de flores. La noche de sexo que

había compartido con aquél en su habitación no había sido lo que ella esperaba. Físicamente Bill era un hombre que estaba bien. Era atractivo, pero en la cama era soso y aburrido. Muy aburrido.

Con una sonrisa, lo miró. Decirle lo que pensaba lo hundiría en la miseria. No quería ser mala ni cruel con él, por lo que musitó:

—Bill...

Como si una exhalación los envolviera, Fred se plantó entonces frente a ellos y, mirando a Carol, indicó:

—Chocolatito, no lo vas a creer, pero en el camerino está tu guapo marido, el boxeador.

—¿Bastian está aquí? —preguntó la joven abriendo mucho los ojos.

Fred asintió y, continuando con su teatrillo, musitó:

—Sí, cielo. ¡Busca a su nena!

Con el rabillo del ojo, Carol veía cómo el color del rostro de Bill iba cambiando, y, como era de esperar, él le preguntó en un hilo de voz:

—¿Estás casada?

—Sí.

—¿Con un boxeador? —dijo con el rostro ceniciento.

—Con Bastian Dumont, más conocido como *el León Francés* —matizó Fred.

Con verdadera cara de circunstancias, Carol asintió al ver la reacción de aquél. Pobrecito, qué susto se había llevado.

Bill, a quien le temblaban hasta las córneas de los ojos, carraspeó. Eso no lo esperaba. Le quitó el ramo de flores de las manos y dio un paso atrás.

—Creo... creo que es mejor que me vaya —dijo.

Carol asintió con gesto apenado y, cuando él se hubo alejado lo suficiente, cuchicheó:

—¡Criaturita...!

—Será rata el tío..., ¿pues no se lleva las flores?

Ella sonrió, y su amigo insistió:

—¡Menudo cagón!

—¡Lo del boxeador no falla!

Ambos sonrieron de nuevo y Fred la asió del brazo.

—Hay que reconocer que las palabras *marido*, *boxeador* y *León Francés* intimidan —afirmó.

Cogidos del brazo entraron en los camerinos, donde comenzaron a reír cuando uno de sus compañeros le retiró a otro la silla y éste cayó al suelo con gracia.

¿Por qué les gustaba tanto hacer aquella tontería?

* * *

Una hora después, Carolina, o Carol, como la llamaban sus amigos, que llevaba su bolsa de deporte al hombro, encendió su móvil. Enseguida buscó su carpeta de música y, poniéndose unos cascos, comenzó a escucharla. La música la tranquilizaba, pero de inmediato suspiró al comprobar que tenía varias llamadas de su hermana.

Calculó mentalmente la diferencia horaria entre Atlanta e Italia y, tras comprobar que era buena hora, paró la música y la telefoneó.

Un timbrazo...

Dos...

—¡Por fin!

Al oír la voz de su hermana Annalisa, la joven puntualizó:

—Un «¡Hola, Carol! ¿Cómo estás?» no estaría mal.

Sin ganas de bromear como ella, Annalisa se apresuró a decir:

—Mira, ¡ya no puedo más con Constanza!

—Annalisa..., su nombre es Adam.

Pero ella no la escuchó y prosiguió:

—Mira que le di una oportunidad en mi panadería cuando perdió su trabajo en las cocinas del Trastevere. He soportado sus gestos, su locura y... y... ¡la he tenido que despedir!

—¿Cómo? Pero ¿cómo se te ocurre hacer eso? —gruñó Carol.

—¡Porque casi me quema la panadería!

—¡¿Qué?!

—Y luego están la *mamma* y la *nonna*... ¡Dios! ¡Qué familia!

Oír eso a Carol la hizo sonreír. Su familia era un poco particular. Y, mientras caminaba hacia el bus, musitó:

—Annalisa, por favor, ¡no exageres!

—¡¿Que no exagere?! ¿Quieres saber la última?

Subiéndose al autocar que la llevaría al hotel a recoger sus cosas, Carol se sentó en uno de los sitios libres y, tras dejar su bolsa de deporte en el asiento de al lado, masculló:

—Lo quiera o no, me lo vas a contar.

Durante diez minutos, Annalisa habló rápida y atropelladamente, mientras Carol la escuchaba y la imaginaba moviendo las manos como buena italiana. Eso la hizo reír, y enseguida fue reprendida por su hermana.

—¡No sé dónde le ves la gracia!

—¿Acaso no los conoces? —replicó Carol, incapaz de no sonreír.

Annalisa no respondió.

Su *nonna* y su madre siempre habían sido diferentes. Especiales.

—Por el amor de Dios, Carol. Media Venecia cuchichea sobre las plantas de marihuana de la abuela y de las galletas que hace, ¡y yo tengo una panadería y una reputación! La panadería es mi manera de ganarme la vida.

Carol asintió, en eso su hermana tenía razón. Aquélla prosiguió:

—Y, para colofón, el otro día, cuando fui a verlas, la *mamma* y su..., ese novio suyo ¡estaban divirtiéndose en el salón!

—¡No quiero saber nada más!

—¡Carol, pero...!

—Annalisa —la cortó—, la vida sexual de la *mamma* no es de mi incumbencia.

—Pero es una locura, ¡una locura!

—Repito —volvió a cortarla—, la *mamma* es una mujer libre e independiente y puede hacer con su vida sexual lo que quiera, y en cuanto a la *nonna* y sus plantitas, tampoco pienso meterme.

Annalisa suspiró y gruñó. En su casa no la escuchaban, pero a Carol sí. Eso la hacía maldecir.

¿Cómo, siendo ella la mayor, todo el mundo hacía caso de su hermana mediana?

Carol siempre había bailado maravillosamente bien, su arte le había servido para ganarse la vida, aunque su sueño siempre había sido ser TCP, titulación que consiguió sacarse con mucho esfuerzo y dedicación.

Durante años trabajó para distintas compañías aéreas. Le encantaba ese empleo. Y en la actualidad estaba en una compañía bastante nueva llamada High Drogo. Una compañía que hasta el momento, y siempre cambiando destinos con sus compañeros, le permitía alternar su trabajo en los espectáculos con su labor como TCP.

—Tienes que venir, Carol. Tienes que hablar con ellos o juro que los mataré cualquier día de éstos. Por cierto, papá estuvo aquí hace dos días para verme.

—¡Oh, qué honor! —se mofó al oír eso—. El Donante te hizo una visita.

—¡No lo llames así!

Carol suspiró con amargura. Pensar en aquel tipo sin corazón siempre la hacía reaccionar igual, y aclaró:

—Lo llamaré como me dé la gana, ¿entendido?

Annalisa gruñó al oír su tono:

—¿Acaso no me vas a preguntar cómo está?

Carol sabía que su padre padecía una enfermedad incurable. Apenas le quedaban unos meses de vida, y, con la frialdad que ese tipo se merecía, repuso:

—Yo no sufro ni pregunto por quien no lo merece.

Annalisa no replicó, pero continuó:

—Vio a Constanza...

—Adam...

—Y, como imaginarás, la cosa no terminó bien. Y..., bueno, la *mamma* y la *nonna*... ¡pueden conmigo! Tienes que venir. Te exijo que vengas. Por mal que me sepa, ¡sólo te escuchan a ti! ¡A ti! Cuando yo soy la hermana mayor y...

—Annalisa —la cortó agotada—. Prometo ir a Venecia, pero ahora no puedo. Estoy en Atlanta y...

—¡Estupendo! —se quejó aquélla—. Como siempre, tú pasándolo bien y yo aquí, apechugando con los problemas de la familia.

Oír eso molestó a Carol. Ella estaba trabajando. Pero, intentando no enfadarse, respondió:

—Salgo en unas horas para Montreal y dentro de un par de días estaré en Londres. Actuamos allí y luego en Bruselas. Prometo mirar vuelos y ver si puedo escaparme aunque sea una noche para...

—¿Y crees que en una noche lo arreglarás todo?

Carol suspiró. Su hermana nunca contaba con el esfuerzo que le suponían a ella aquellos viajes para intentar poner orden en su familia.

—No, Annalisa —indicó—, no lo creo. Pero estoy trabajando, y mucho será si puedo escaparme para intentar solucionar lo que tú, como siempre, no puedes resolver.

—¡Qué comentario tan feo, Carol...! ¡Qué egoísta eres!

La aludida resopló. ¿Su hermana la llamaba *egoísta*?

Pero, sin ganas de discutir, simplemente dijo:

—Adiós, Annalisa.

Y, sin más, cortó la comunicación. Desde que su hermana se había divorciado, porque así ella lo había querido, su carácter se había agriado.

Angustiada, y dejando el móvil sobre su regazo, abrió su mochila. De ella sacó un pequeño peluche, un viejo conejito naranja que se acercó a la nariz, y, apoyando la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y musitó cogiendo aire:

—Me van a volver loca entre todos.

Durante varios minutos permaneció así.

¿Por qué todo era tan complicado con su familia?

Desde hacía años, y por el bienestar de aquéllos, una parte de lo que ganaba lo ingresaba en una cuenta para que a su madre, a su *nonna* y a su hermano no les faltara de nada.

Estaba pensando en ello cuando sintió que alguien retiraba su bolsa de deporte del asiento de al lado. Al abrir los ojos se encontró con la risueña y morena cara de su amiga y compañera Muskeva, que, sentándose a su lado, le mostraba el móvil.

—Mira qué preciosa foto me envían mis padres de Roseanne.

Carol miró con curiosidad.

Roseanne era la hija de Muskeva y también su ahijada, una pequeña de dos años con unos ojos azules preciosos que destacaban en su tez morena como la de su madre.

—Está preciosa nuestra chiquitina —dijo sonriendo.

Muskeva asintió y, tras ver a aquélla guardar el peluche en la mochila, murmuró:

—Me muero por regresar a Londres para verla y comérmela a besos.

Ambas sonrieron. Muskeva era madre soltera y, por suerte, contaba con unos padres que cuidaban de la pequeña mientras ella trabajaba.

Emocionadas, ambas miraban la bonita foto cuando Carol, cogiendo su móvil, comentó:

—Mira mis niños.

Ambas dirigieron la vista al móvil de ella y, con una sonrisa, ella añadió:

—Me las ha mandado Muriel; ¿a que están preciosos?

Muriel era la vecina de Carol que cuidaba de sus perritos cuando ella viajaba.

—Sí. Son un amor —Muskeva sonrió.

Carol asintió. Adoraba a *Baby* y a *Limón*, aquellos animalitos que habían llegado a su casa y a su corazón en diferentes momentos de su vida. Estaba mirándolos cuando la pantalla de su teléfono se iluminó y Muskeva preguntó:

—¿Quién te envía un wasap?

Al mirar y ver que eran unos buenos amigos suyos, Carol sonrió. Y Muskeva, al leer el nombre del grupo donde había recibido el wasap, preguntó de nuevo:

—¿*«Teguestes* y *Extrateguestes»?* ¿Qué es eso?

Carol explicó divertida:

—Mis amigos Enrique y Eduardo viven en Tegueste, un municipio de la provincia de Santa Cruz de Tenerife, que está en la isla de Tenerife. ¿Sabes dónde es?

—Sí. En las islas Canarias. Estuve una vez en La Gomera, ¡qué bonito!

—Lo es —afirmó Carol—. El caso es que, de cachondeo, le pusimos así al grupo, al no ser yo de allí. Para que te enteres, yo soy la *extrategueste*.

Muskeva sonrió y Carol, al leer el mensaje, indicó:

—Les escribí para decirles que quería ir a Tenerife un par de días cuando pille las vacaciones, y ellos me responden que me esperan encantados en su casa.

De nuevo, Carol recibió otro wasap. Rápidamente lo miró. Era de Patrick, su compañero del refugio de animales abandonados para el que colaboraba en Londres.

—Veamos qué manda —comentó.

Muskeva y ella vieron las fotos de unos preciosos perrillos. Eran seis cachorros de poco más de unos días, que, como le explicaba Patrick en un audio, habían encontrado en una bolsa de basura junto a un contenedor. Una vez que el mensaje acabó, Carol musitó:

—Pasen los años que pasen, seguiré sin entender por qué la gente hace estas cosas.

—Y yo.

En silencio miraban aquellas fotos tan tiernas cuando Carol, que se encargaba de las redes sociales del refugio, señaló:

—Voy a subir las fotos de los gorditos. Cuanto antes se vean, antes alguien se enamorará de ellos.

Cinco minutos después, cuando terminó de hacerlo bajo la atenta mirada de su amiga, indicó:

—¡Ya está! Ahora, a esperar y ver si les conseguimos una familia.

—¿Cuántos animales tenéis ya en el refugio? —preguntó Muskeva.

Carol, que se entregaba al cien por cien cuando estaba en Londres en cuidar y encontrarles un hogar a todos los perrillos y los gatos, contestó:

—Con la llegada de estos últimos, ahora tenemos cincuenta y seis perros y quince gatos.

—¡Qué locura!

—Locura es la que tienen quienes los abandonan. ¿Te puedes

creer que, una semana antes de salir de gira, rescaté a una perrita que vi atada a un poste en la autopista?

—¿Qué?

Carol, a quien el tema la encendía, afirmó:

—El caso es que, al pasar, me fijé en una perrilla sentada cerca de la autopista. A mi vuelta, la volví a ver, pero también vi a unas personas cerca y pensé que estaba con ellos. Sin embargo, mi asombro fue brutal cuando, dos días después, al pasar por el mismo sitio, la perrilla seguía allí y mi instinto me dijo que eso no era normal.

—¡Por Dios, cómo es la gente!

—Total, que paré el coche y me acerqué hasta la perrilla, que estaba tremendamente asustada, sedienta y temblando. ¡Pobre! Cuando me gané su confianza, le di agua, después la desaté y la metí en el coche, la arropé con una de las mantas que llevo y, al ver cómo se acurrucaba exhausta, te juro que se me partió el corazón. La llevé al refugio y no tenía chip, por lo que...

—Quizá se perdiera o se escapara...

—Te he dicho que estaba atada a la autopista —la cortó Carol—. Y quien la dejó allí sabía muy bien lo que hacía. Esa perrita es vieja como lo es mi *Baby*. Tras los primeros cuidados veterinarios, vimos que tiene artrosis y artritis, entre otras cosas. Estamos convencidos de que quien la abandonó la dejó por viejecita.

—No sé cómo puedes hacer esto.

Carol suspiró. En su familia, su madre y su abuela llevaban salvando perros toda la vida.

—Porque alguien ha de hacerlo —indicó—. Alguien ha de ocuparse de esos pobres animales que son abandonados por *presuntas personas*. Y, por suerte, no soy la única que piensa así y en el refugio colaboramos personas de buen corazón.

—Lo dicho..., una pena.

Carol asintió, aquélla tenía razón.

—Cuando deje de viajar y me establezca en casa con Roseanne —afirmó Muskeva—, adoptaré un perrito de tu refugio. Antes, imposible. Si les dejo a mis padres un perro además de la niña, creo que no funcionará.

Ambas suspiraron, y Muskeva, al ver a Carol guardarse el móvil, preguntó:

—¿Utilizando de nuevo al marido boxeador?

Las dos rieron. Sin duda Fred ya se lo había contado, y entonces Muskeva añadió:

—Y me ha dicho Fred que estás valorando de nuevo al buenorro de las luces.

—Sí. No estuvo mal.

Su amiga sonrió. Conocía a Carol desde hacía muchos años. Muskeva era una senegalesa que se trasladó a vivir con su familia a Londres, donde se conocieron. Y, para su suerte, en los últimos años habían sido muchas las veces que habían coincidido y formado parte de la misma compañía de baile.

Se miraban con cariño cuando Muskeva cuchicheó:

—¿Te has fijado cómo está el técnico de sonido nuevo?

Carol sonrió y, reparando en aquél, que pasaba por la acera tirando de una enorme caja de cables, afirmó:

—Tengo ojos, y además ya sé que has desayunado con él.

Muskeva sonrió.

—Es un mucho... mucho... ¡hacia arriba! ¡Impresionante!

De nuevo risas cómplices entre las dos, hasta que la senegalesa susurró:

—Me apena mucho que tengas que marcharte ahora, pero también me alegra.

—El deber me llama. Vuelo a Montreal.

Muskeva asintió y, consciente de la realidad, añadió:

—Haces bien. Este trabajo no es para siempre. Las veinteañeras vienen pisando muy fuerte, ¡y lo sabes!

—Muskevaaaaaaaaaaa...

—Di mi nombre las veces que quieras, pero tengo razón. Somos buenas bailando. Somos las mejores, y por eso siempre nos contratan. Pero tenemos treinta y dos años y para determinados trabajos la edad no sólo es un número. Por cierto, cuando regrese a Londres, voy a hacer pruebas en varias academias de baile para trabajar de profesora. Creo que debo pensar en esa segunda opción, como has hecho tú, para cuando esto de las giras se acabe. Eso sí, cuando co-

mience esa nueva vida, intentaré tener tiempo libre; ¿sabes lo que es eso?

Carol sonrió, y ella insistió:

—No puedes continuar así. Te vas a agotar. Cualquier día te va a dar algo. Carol, ¡piénsalo!

Su amiga asintió, sabía que tenía razón.

—Por suerte, o por desgracia, la gira se termina —cuchicheó Muskeva.

—¡Quedan dos conciertos! Londres y Bruselas.

—Ya, pero luego se acabó. Descansaré un par de meses y luego valoraré las ofertas que tenga de las academias. Pero tú..., ¿cuándo vas a descansar tú?

Carol suspiró. El descanso no entraba en su vida, y, al ver que llegaban al hotel, dijo:

—Vamos..., levanta el culo. Tengo prisa.

Muskeva meneó la cabeza. La actividad de su amiga era frenética, demasiado.

—Vale. Me callo —afirmó cogiendo su bolso.

En el hall del hotel, Carol besó a Muskeva y a Fred y luego corrió a su habitación. Tenía prisa. Debía darse una ducha rápida para quitarse los tintes rosa y blancos del pelo y, una vez que hubo acabado, llenó su bolsa y cerró su *trolley*, se miró al espejo con el uniforme de High Drogo y afirmó, viendo que su tatuaje quedaba oculto bajo su blusa:

—Muy bien, señorita Muñoz. Ahora, al aeropuerto.

Tras salir del hotel, rápidamente paró un taxi que la llevó al aeropuerto de Atlanta y, en cuanto se bajó de él, corrió por la terminal. Al cabo de diez minutos tenía que estar con el resto de la tripulación. ¡Y ya iba tarde!

* * *

Hora y media después, mientras el avión circulaba por la pista, con una dulce sonrisa y el micrófono en la mano, Carol saludaba al pasaje:

—Bienvenidos a bordo, señores pasajeros. El comandante y el

resto de la tripulación les damos las gracias por elegir el vuelo de la compañía High Drogo con destino Montreal. Nos complace dar una bienvenida especial a quienes se han unido a nosotros procedentes de otras líneas aéreas y...